# Paradoja en Renfield Street

Colección Caronte

*Paradoja en Rendfield Street*
© 2017, Editorial Hermenaute
© 2017, Lluís López Rueda

1.ª edición: abril de 2017
ISBN: 978-84-944902-7-9
Depósito legal: B 7774-2017

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: Marta Torres
FOTOCOMPOSICIÓN: Printcolor
Impreso en Santa Perpètua de Mogoda, Barcelona.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera ni por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluido fotocopia, filmación o a través de cualquier otro sistema, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*.

www.hermenaute.com

# Paradoja en Renfield Street

Lluís Rueda

HERMENAUTE

A John Duffy, Marta Torres y Albert Rodríguez.
*Whisky, honour and gunpowder*.

Nota del autor: en este libro se dan cita personajes ficticios y personajes históricos. Por lo que respecta a los segundos, nobles, arqueólogos, teósofos, militares o inventores, me gustaría aclarar que el tablero de juego de la ficción me ha llevado a reinterpretarlos, en algunos casos, desde el cariño o la admiración y, en contadas ocasiones, desde la picaresca. He de añadir que, muy puntualmente, el relato me ha llevado a envilecer la imagen de alguno. No existe en este libro más pretensión que la de entretener al lector en un contexto fantástico que en algunos casos incide en datos y elementos verídicos. Sirva una lista de algunos de estos ilustres al final de la novela a modo de homenaje y agradecimiento.

Cada uno sueña los héroes y los ángeles a su manera, ¿no creen? Andy Telfer tiene veinticinco años, es espigado y pálido, lleva un tupé propenso al desaliño y luce un *kilt* adquirido por su padre en 1984 en Barras Market (Glasgow). Quizá se trata de un héroe escocés a la manera de Quentin Durward, o puede que el rasero de su gallardía esté en alguno de los integrantes de aquella mítica delantera de la selección del cardo de rugby en la década de 1970: Ian McLauchla, Frank Laidlaw, Sandy Carmichael, Alastair McHarg o el gran Gordon Brown. Hasta ahí nada especial, Andy es un *supporter* del Dumbarton FC que calza botas militares y lleva un pendiente de marfil. ¿Por qué el Dumbarton, un histórico venido a menos y no un equipo de la primera división de la Scottish Premier League? ¿Por la fuerza del elefante en su escudo? ¿Por la mítica de la roca? ¿Por su camiseta a rayas negras y amarillas, casi una corola vistosa que evoca el néctar? ¿O quizá porque Andy nació en esa misma población al norte del río Clyde? Ser diferente y exclusivo es elegir a la contra, ser un «hijo de la roca» implica lucir cierta mística colonial, un influjo caballeresco y aventurero. La elección de los colores propios no debe ser algo circunstancial para un joven prometedor. Por otro lado, el joven Telfer solo ha leído trece libros en su desordenada vida: *La Ciudad Vampiro* de Paul Fèval, *Los hijos del capitán Grant* de Jules Verne, *La estrella misteriosa* de Hergè y los diez ejemplares de la gran novela *Teito Monogatari (The Tale of the Imperial Capital)* de Hiroshi Aramata. Pero, aunque pobre, ese escaso bagaje —un relato, una novela, un cómic y una criptohistoria de Japón—, le permite a Andy tener los suficientes elementos para componer su gran obra: la genialidad existe, y Andy es bello e imprevisible, elementos de los que carecen casi todos los escritores clásicos de la literatura convencional.

Glasgow (Escocia,
11 de junio de 2000)

## Capítulo 1. La señorita de Conwy

Se colocó dos tapones en los oídos y se dispuso a echar la siesta de rigor: las botas desatadas, el *kilt* abierto como la funda aterciopelada de una joya en un muestrario de baratijas. A Andy le perseguía la obsesión de oír su corazón latir mientras el mundo se escabullía en un runrún imperceptible, casi el martilleo de una otitis latente. El silencio es oportuno para un joven que sueña con la nitidez del iniciado en los arcanos. Andy considera los elementos y busca con ahínco vivir una historia pareja a la del bello Owen Aherne en *La Rosa Alquímica* de William Butler Yeats, aquel caballero de ficción del que tanto oyera hablar a su padre, pero nada más lejos… Un chico que solo ha leído trece libros en su vida no puede activar una mimética espiritual a esa altura.

Andy tiene de su parte la estética y una juventud que lo convierte en maleable como la gelatina. El umbral del sueño se abre para él y sí, el silencio del tabulador [→|], justo ese segundo, es suficiente para dar comienzo a esta historia de embaucadores, agentes literarios, chicas amnésicas, vampiros, magos y viajeros del tiempo.

Todo se precipitó un 11 de junio del año 2000. Glasgow seguía siendo la ciudad de los callejones sucios, las chimeneas alineadas como un capricho de Marc Chagall y el olor a mantequilla haciendo ¡toc, toc! en cada una de las puertas de las decenas de locales de manicura. Glasgow se sabe ciudad feúcha, pero endemoniadamente vital, la misma metrópoli orgullosa en la que su padre se instaló muchísimos años atrás; antes de que su corazón se silenciara. Glasgow

«querido y verde lugar», tal y como la denominó el santo Fergus, a la sazón ciudad gris, lluviosa, melancólica, de una perfecta imperfección. Bruce Telfer, fue un *glaswegian* estimado por su obra poética y odiado por todo lo demás; huraño, radical, tormentoso, bocazas, son algunos de los calificativos que lo persigueron en vida. Harto pues de su condición diletante, harto de vivir, el poeta decidió una noche de un dieciséis de abril amputarse el alma. Se introdujo unos tapones de silicona en los oídos y, mientras una prostituta le cincelaba el bastón de nogal, se voló la tapa de los sesos. Fue aquella una manera de despedirse mundana e irónica. Quien opina que los genios se enfrentan a la muerte con el alma desnuda y la humildad aprendida miente... Bruce Telfer se llevó su arrogancia, excentricidad y mala uva a la tumba para dejar su poesía a modo de postrera letanía. Era un hijo de perra, un borracho y un poeta excelso.

Desconocemos si Andy ha heredado una pizca de su rabiosa impostura, como poco es producto de una época que añora a poetas obreros como Ian Curtis, malos poetas que nos seducen por su delgadez y su expresión impertinente. Vive un tiempo en que se aborrece la literatura de ficción. Pero eso no es concluyente, la enfermedad de un siglo se mide por la manera de vestir de la gente, no por su literatura, su música o sus hábitos. Cabe decir que en ese sentido esta es una década agonizante, un suplicio para los estetas.

Esa tarde, Andy soñó que se hallaba en Tokio, la ciudad ignota de la que tanto oyó hablar a su padre. Se encontraba bajo un puente de ferrocarril del distrito de Ginza, rodeado de sombras que cruzaban en múltiples direcciones; avatares de sonrisas femeninas, manos erguidas, moños huidizos, neones estrellados contra grasientos carteles, caballeros pulcros de zapatos embarrados; estaba situado en el centro de la ciudad con un paraguas cerrado, bajo la lluvia cálida. Y con el despertar de esa caprichosa ensoñación nipona, da comienzo el inicio, el arranque de este relato que guía los pasos de Andy como alquimista de la literatura flaca, como albañil de la palabra y arquitecto del sueño.